AÑO XXII.—NÚM. 6481

16 DE DICIEMBRE DE 1882.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 16 de Diciembre de 1882

La decadencia de España

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI
á igual época del siglo XVII—o—
LVII

Abrimos el presente capítulo con un suceso inesperado: la destitución del conde-duque de Olivares. Tanta multitud de guerras, tanta falta de dinero y tanto mal suceso en las batallas, era ya voz común en todo el reino el atribuirlo al descuido y mala disposición de este privado en quien el rey tenía depositada la dirección de todos los negocios del Estado.

La nobleza, tan maltratada por él, no menos indignada que la opinión pública, ansiaba ardientemente su caída, pero nadie se atrevía á llegar al rey. No obstante, Felipe IV, en su viaje á Zaragoza para llamar á la paz á los catalanes, pudo conocer algo del descontento público; el silencio y el retraimiento de los pueblos, á su paso por ellos, debieron advertirle que alguna causa grave agobiaba el ánimo de sus vasallos; cual fuera esta, diósele á conocer con prudentes avisos el embajador de Alemania, marqués de la Grana Carreto, y más estensamente Doña Margarita de Saboya, la exgobernadora de Portugal, en la audiencia particular que tuvo con el monarca. Este aunque tarde para remediar el mal, tomó la resolución de deponer á su privado, y el conde-duque de Olivares dejó el ministerio y se retiró á Loeches.

Cuando esto acontecía, tiempo ha que la Francia había roto sus hostilidades con la España, mezclándose fatalmente en las guerras que esta sostenía con la Cataluña y el Portugal; no era posible por tanto atender á tantas partes, ni la Hacienda tenía recursos para levantar ejércitos, ni Felipe IV vasallos bastantes para formarlos; de aquí tantos descalabros, tantos contrarios sucesos, tanta desgracia y desdicha tanta en aque la infausta campaña que el ánimo contristado se resiste á referir. ¡Lamentémosnos aquí una vez más de la falta de un buen rey y de un buen gobierno!

Sin duda en los ocultos designios de la Providencia había llegado la hora final para el destrozado imperio de Carlos I. La Holanda, llevada de sus, aun latentes odios hacia España, hace alianza con los portugueses, la Suecia les ofrece su amistad, y Nápoles y Sicilia se alzan con bandera de independencia. Los príncipes italianos, unos se unieron abiertamente á la Francia, otros conspiraban secretamente en su favor.

La muerte de Luis XIII, ni la de

su ministro Richelieu, que le había antecedido, en nada alteraron los planes de la Francia, que no eran otros que aniquilar á su eterna rival, creándole con sus armas y con su política guerras y conflictos en todas partes.

Hemos hablado de Italia, y no pasaremos adelante sin dar á conocer cual fué allí nuestra política.

Empezando por la Sicilia, sus habitantes poco ó nada en verdad tuvieron porque quejarse de la dominación española durante los reinados de Carlos I, Felipe II y Felipe III; estos monarcas supieron respetar sus privilegios, y los impuestos les fueron llevaderos, pues nunca pasaron los límites de la moderación, pero ya en el de Felipe IV, á tanto llegó el abuso, tal fué el incremento que se dió al sistema tributario, que las cargas se hicieron insostenibles; muchos pobres murieron de hambre por la paralización de la industria y el crecido costo á que, por consecuencia, se elevó el precio de los artículos de primera necesidad.

La falta de cosechas del año 1647, vino á aumentar la calamidad. Para remediarla en parte, el marqués de los Velez no halló otro medio que prohibir á los panaderos bajo pena de muerte, aumentar el precio del pan, lo cual fué causa de que aquellos abandonasen su industria; estrañna medida que de todo tuvo menos de salvadora, pues que dejándola en pie las causas solo tendía á hacer más funestos los efectos. El pueblo, no se dejó fascinar de la solicitud del virrey; tenía hambre y sed de justicia, quería protección y derechos, y bajo estos impuestos de necesidad y de decoro se alza Palermo contra autoridades españolas, incendiando sus casas y obligándolas á huir de su insignación. El virrey se escondió en un convento, donde se llevó tres días sin tomar medida ninguna para apaciguar la rebelión; por fin, el temor de la muerte le movió á abolir las gabelas nuevamente establecidas y devolver al pueblo el derecho de elegir sus magistrados. Pero ni este sacrificio de la dignidad podía calmar al pueblo; este no se contentaba ya con remedios tardíos y á medias; quería más: lo quería todo. Un artesano de Palermo llamado José de Alessio pidió al marqués de los Velez en nombre de sus conciudadanos la abolición absoluta de todos los impuestos creados desde la muerte de Carlos I, la exclusión de los españoles de todos los empleos públicos, y el restablecimiento de los sicilianos en sus antiguos derechos. Mientras estas cosas sucedían en la capital de la Sicilia, el movimiento revolucionario había trascendido á Catania, Agrigento, Sirácusa y Trápani; solo Mesina dejó de formar causa común por no obedecer al im-

pulso de su rival Palermo, lo cual debilitó grandemente el esfuerzo nacional. Los nobles de Messina protestaron de su adhesión á Felipe IV, y en sus deseos de perder al marqués de los Velez, acusaronle de intentos de vender la isla á la Francia. Promesas que no habían de cumplir adormecieron al resentimiento público, y la Sicilia se sometió de nuevo al yugo que había intentado sacudir. La conducta del nuevo virrey para con los sicilianos les hizo experimentar el más amargo de los desencuentros.

Nápoles esa otra porción hermosa de la Italia, venía sufriendo halargos años, como Sicilia, los efectos de la más tiránica opresión. Sus virreyes apenas si se ocupaban de otra cosa que de procurar los medios de enriquecerse. Allí todo era venal; los empleos públicos se vendían á los que más ofrecían por ellos, y como es consiguiente, lo primero que trataban los compradores era el de reintegrarse de lo que habían dado, sea cuales fuesen los medios á que tuviesen que apelar, así se veían consejeros con seiscientos ducados de sueldo, hacer su fortuna en pocos años; ni aun el agrado de la justicia se vió libre en aquella atmósfera de corrupción.

Efecto del desprecio con que se les trataba, los nobles habían ido abandonando poco á poco á Nápoles, donde el virrey los recibía sin descubrirse, no permitiéndoles que se sentaran en su presencia. Retirados á sus castillos restablecieron en ellos los derechos feudales; arrendaban á precios elevados los terrenos menos productivos; obligaban á los ganaderos á comprar un salvo conducto para cada res de sus piezas; no toleraban en sus caminos más paradores que los que ellos mismos arrendaban á muy subidos precios y llevaban su tiranía hasta encerrar á sus vasallos cuando de cualquier manera infringían las órdenes del señor.

El clero, no ménos orgulloso que la nobleza, no consentía que se ordenase á ningún pobre y administraba en provecho propio las rentas de los hospitales y de los montes de piedad.

El abandono y el desorden, así en el gobierno como en la administración, eran iguales; si se arruinaban las fortalezas, nada se hacía para repararlas, las guarniciones de las plazas apenas si tenían efectivos la tercera parte de los soldados que presentaban en las relaciones de revista, y las galeras se encontraban por lo común, amarradas al muelle, desprovistas de remos y de remeros, de soldados y de cañones. Y esto acontecía cuando los berberiscos infestaban las costas de la Púlla y de la Calabria. Los habitantes de esta ante semejante abandono pidieron armas para defender sus propios hogares,

con solo la condición de que se les dejase la mitad del rescate de los prisioneros, pero sin duda, por esta exigencia, sus clamores no fueron escuchados de la corte de Madrid.

Todo para ella era poco, siquiera, en su afán de oro, tubiera que llevar sus procedimientos hasta la vejación. En el espacio de trece años se dice que los virreyes de Nápoles los duques de Monterey y de Medina sacaron de aquel reino cien millones de escudos de oro. El duque de Arcos impuso derechos á casi todos los artículos de consumo, y llegó á igualarse el impuesto al volar del género gravado. Más de treinta mil hombres se vieron obligados á dejar la Púlla y la Calabria, abandonando sus casas y sus campos para ir á establecerse á Turquía donde era menos tiránica la opresión, allí por todo impuesto solo se pagaba diez *carlinos* al año, (un ducado) mientras que al más pobre napolitano se le hacía pagar en su país diez doblones. Los habitantes de algunos pueblos no pudiendo soportar ya tan pesada carga ofrecieron á los recaudadores entregar sus tierras al virrey y ellos quedar como colonos, con tal de que aquel se encargara de proveer á la subsistencia de sus familias, pero la proposición fué rechazada con desprecio, entonces quisieron enviar un sacerdote al rey para que le espusiera sus padecimientos, y tampoco les fué consentido: la policía impidió al ministro del Señor que cumpliera con su misión.

Lejos de esto, y cuando los campos habían perdido su fecundante lozanía por la falta de brazos y de recursos para trabajarlos, cuando las colinas antes cubiertas de olivos y de viñas, no mostraban más que la peluda peña; cuando ya no quedaba al pobre otro alimento que las frutas, único artículo no gravado, el duque de Arcos, en el apuro de tener que afrontar un millón de escudo exigido por el gobierno de Madrid para socorro de las tropas que debían entrar en campaña, decretó un nuevo impuesto sobre las frutas, estableciéndose seguidamente las barracas de los colectores en las plazas públicas.

Cuanta fuera la indignación de los pobres al arrancarseles así el único alimento que les era doble adquirir para aplacar el hambre, cosa que veremos en el capítulo siguiente.

MANUEL GONZALEZ.

CRONICA

A causa de la epidemia variolosa, que tantos estragos, está haciendo en Larca, se han cerrados las escuelas, en aquella ciudad.

La fragata «Navas de Tolosa» que como saben nuestros lectores, llegó á Rio Janeiro, está reportándose de